

COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPÚZCOA



ARQUEOLOGIA DONOSTIARRA

LA MILAGROSA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CORO, QUE SE VENERA EN
LA IGLESIA MAYOR DE LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN

(Antonio Arzác nere chikita-ko adiskideari)

Cuando regentaba, años há, la parroquia de Santa María de esta ciudad, el digísimo actual Vicario de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y Arcipreste, Licenciado D. Martin Lorenzo de Urizar, me preguntó con vivo interés, si podría comunicarle noticias que tuviesen algún fundamento histórico fehaciente acerca de la antiquísima y milagrosa efigie de Nuestra Señora del Coro que se venera en el altar mayor de Santa María, y tuvo el firmante con harto sentimiento que contestarle negativamente.

Movió al Sr. de Urizar la loable aspiración de restablecer en su antiguo esplendor el culto á la Virgen del Coro y entre otros medios, muy eficaces, se proponía hacer sacar unas fotografías para luego reproducirlas en artísticos grabados.

A estas reproducciones de la Sagrada efigie acompañaría una sencilla noticia histórica, y para este fin se dignó consultarme tan respetable sacerdote.

Pasaron así aquellos proyectos; el Sr. Urizar fué nombrado Vicario de la nueva parroquia del Buen Pastor, y el firmante cree que desde entonces no se ha llevado á cabo trabajo alguno sobre el particular.

Así las cosas, cuando en 1893, publiqué en la Revista EUSKAL-

ERRIA (tomo XXIX, 2.º semestre), en unión de mi amigo y compañero, á quien dedico estas líneas, la monografía titulada BELLAS ARTES EN GUIPÚZCOA, *Ventura Rodríguez en San Sebastián*, donde nos ocupábamos detenida y extensamente de los preciosos cuanto sencillos altares de N.ª S.ª de la Soledad y del Sagrado Corazón de Jesús, existentes en la parroquia de Santa María de esta ciudad; planos del insigne artista del siglo XVIII, del verdaderamente Restaurador de la arquitectura española; cuando publicamos dicho estudio, repito, al tratar del altar del Sagrado Corazón de Jesús, forzosamente tuvimos que mencionar la legendaria efigie, cuyo paradero es para casi todos ignorado: «simulacro de Nuestra Señora del Socorro, imagen de prodigiosa antigüedad, la cual en los siglos anteriores llamaban con los nombres de *Nuestra Señora del Buen Suceso*, la *Antigua* ó la *Morena*, como consta por papeles», según dice el eximio historiador local del XVIII-XIX, Doctor D. Joaquín Antonio de Camino y Orella, pbro.

Al hablar de Nuestra Señora del Socorro publicamos la tradición acerca de la salvación de dicha efigie, por el sacerdote señor de Goicoa, cuando la campaña de los Convencionales franceses en 1794; noticias que de tal modo y manera se asemejan y concuerdan (salvo detalles de nombres y lugares), con lo que se sostiene, respecto á Nuestra Señora del Coro, que ignoramos si ambos recuerdos que se conservan entre las antiguas familias donostiarra, son una sola y misma cosa, ó se refieren exclusivamente á Nuestra Señora del Coro ó á la Virgen del Socorro.

Por ahora, difícil es resolver este problema.

Por conversaciones con el digno arquitecto municipal D. José de Goicoa, creo contar con seguros indicios acerca de la efigie de Nuestra Señora del Socorro, la Antigua ó la Morena, y quizás, en día no lejano, pueda ocuparme con datos suficientes de este otro punto tan interesante para la arqueología sagrada donostiarra.

Mas en cuanto á la milagrosa y venerada Virgen del Coro, fácil es figurarse la satisfacción que sentiría cuando el respetable actual cura párroco propio de Santa María, Doctor D. Isidoro Bengoechea, me remitió hace meses una nota copiada de la pequeña inscripción que aparece al pie de un grabado sobre acero de fines del siglo XVIII representando á Nuestra Señora del Coro, y cuya fotografía existe en el archivo parroquial.

Según dicha nota autógrafa del Sr. Bengoechea, la sagrada efigie de Nuestra Señora del Coro, cuando la invasión de Guipúzcoa y toma de San Sebastián por el ejército republicano francés al mando del general Moncey, fué salvada por D. Miguel Antonio de Remón, cura y vicario de la misma parroquia, en la tarde del 2 de Agosto de 1794, embarcándola consigo en el muelle en una lancha con rumbo á Guetaria.

Ya en plena mar, dice la nota histórica, «se levantó una repentina y horrible tempestad que sumergió otra lancha y se ahogaron treinta personas, impidiendo al vicario el llegar al puerto de Guetaria: pero atravesada con felicidad la peligrosa barra de Orio y contando este prodigio entre los continuos que se experimentan de la santa imágen, llegó con ella el vicario á Madrid».

La santa imagen durante su destierro en Madrid, fué dibujada y grabada por D. Josef Ximeno, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Agrega la nota del retrato de la milagrosa efigie, que Su Santidad Benedicto XIII concedió siete años y otras tantas cuarentenas de indulgencias perpetuas á todos los sacerdotes que celebrasen Misa en el altar de esta Santa imagen y á los que la oyesen, teniendo la Bula de la Santa Cruzada. (25 de Abril de 1795.)

Con este curiosísimo dato histórico se comprueba también indirectamente lo que dijimos, refiriéndonos á una anotación que hallamos en Santa Teresa, y de la cual nos ocupamos en nuestra Monografía acerca del Convento y de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen de esta ciudad: ó sea, que cuando la invasión de los Convencionales franceses, San Sebastián quedó casi deshabitado, huyeron todos los sacerdotes y religiosos, refugiándose las Carmelitas donostiarras en Madrid, en número de veintiuna, residiendo la mitad en el Convento de Teresianas de la corte, y la otra en el de Carmelitas llamadas Baronessas. Regresaron todas hácia 1796-97.

Como se ve, es un dato de valía el que debemos al Sr. Doctor Bengoechea.

Mucho hemos indagado desde hace años para averiguar el origen de la sagrada efigie, pero desgraciadamente nada hemos logrado de positivo, siendo mayor nuestro sentimiento al ver que no consta ningun dato histórico ni leyenda en la «Advertencia de lo que ha de observar, quien hiciese esta Novena,» que, como prólogo, precede al

Sacro Novenario de la milagrosa Imagen de NUESTRA SEÑORA DEL CORO, que se venera en la Iglesia Mayor de la M. N. y M. L. Ciudad de San Sebastián.— Su autor: El R. P. Fray Antonio de Alquiza, Lector de Teología en el Convento de N. P. San Francisco de la Villa de Tolosa.=Con Licencia.=En San Sebastian: En la imprenta de Ignacio Ramon Baroja. Año de 1819, que tenemos á la vista.

Como piadosa noticia de interés, y la reproducimos porque no vemos se haya publicado el prólogo citado: en la última de las posteriores ediciones de dicho Novenario que hemos examinado, copiamos lo siguiente:

«El tiempo en que se ha de hacer, cualquiera es muy oportuno, y en especial cuando exista alguna necesidad; pero procure, á ser posible, comenzar en día viernes, para que la concluya el sábado de la semana siguiente, día dedicado á María Santísima; este ó el antecedente sábado ayunará en reverencia de Su Majestad, y dará una limosna, si pudiere, á una mujer y un niño, en obsequio del Niño Dios en brazos de su Majestad Purísima. Si no pudiere ayunar, comutará el ayuno en otra limosna á más de la dicha, ó en otra obra piadosa con acuerdo de su confesor.

«El lugar, si se puede, ha de ser su Sagrado Templo, despues de haber oído ó celebrado el Sacrificio de la Misa, ó en otra hora más desocupada, etc., etc.»

¡Cuánto habríamos agradecido al R. P. franciscano Fray Antonio de Alquiza los amantes de los recuerdos históricos y todos los *errikosemes* en general, si en la Advertencia hubiera intercalado alguna noticia ó leyenda acerca de Nuestra Señora del Coro!

En tanto, pues, que llegue el día feliz en que, merced á algún Echegaray ó Múgica, se logre dar con documentación que aclare este enigma histórico religioso donostiarra, no hay más remedio que seguir en el caso presente, el sistema arqueológico conjetural, que tan ópimos frutos dió al eximio Juan B. de Rossi en sus trabajos acerca de la Roma subterránea, ó ir recolectando cuantas noticias, leyendas y tradiciones más ó menos verosímiles se conservan entre el clero y las antiguas familias de esta ciudad, para que así el día de mañana puedan ser aprovechadas convenientemente.

Con sentimiento nos vemos obligados á desistir por ahora del examen iconográfico de la sagrada efigie, pues habiendo manifestado nuestros deseos al señor cura párroco, Doctor Bengoechea, para que así, del estudio detenido y concienzudo pudiésemos deducir la época á que pertenece la Virgen del Coro, nos contestó que no podía acceder á nuestra demanda, porque según costumbre inmemorial únicamente tenían derecho de entrada en el regio camarín de Nuestra Señora del Coro el párroco de Santa María y la Camarera, para revestir á la Virgen, permaneciendo fuera del sagrado recinto aun el personal subalterno que ayuda en estos trabajos.

Pero tuvo la amabilidad de manifestarme no obstante, que estimando mucho el fin á que se dirigían nuestras investigaciones, y siendo él también partidario de todo cuanto redunde en pró del mayor culto y honra de la Virgen del Coro, estudiaría el caso para ver si era factible, sin quebrantar la inmemorial costumbre establecida, que el firmante pudiese lograr sus deseos.

Muy grato nos sería que el Doctor Sr. Bengoechea lograse conciliar ambos extremos.

Lo único que sabemos por referencias, es que la Virgen del Coro tendrá unos 40 centímetros de altura, que está tallada toscamente cual las arcáicas efigies de la Reina del Cielo, que existen en España, y que es de madera ordinaria, pero sin poder decirnos la clase, y si está ó nó recubierta de oro ó plata.

Por nuestra parte diremos que los sagrados rostros de la Virgen y del Niño Jesús son de color negro, y el trono sobre el cual se asienta la sagrada efigie, parece ser obra del XVII-XVIII.

Este lucido trono consiste en un soberbio arco triunfal de plata y en un árbol genealógico de madera dorada, donde se destaca Abraham sosteniendo el tronco, y afianzándose sobre él cuatro vástagos ó ramas con otros tantos Reyes de Judá, para denotar la regia estirpe de María y Jesucristo.

La corona imperial, la especie de nimbo que rodea el rostro de la Virgen, sus mantos, túnicas y joyas son verdaderamente notables.

Si tuviéramos la dicha de poder examinar la sagrada efigie, quizá pudiéramos manifestar la época á que corresponde, fuese hierática ó del periodo ojival, iconográficamente considerada; aplicando el adjetivo *hierático* (del griego *ieros*, sagrado), siguiendo la docta opinión del reputado anticuario Mr. Lecoy de la Marche, á las pinturas y es-

culturas debidas al arte cristiano de la Edad Media hasta el siglo XII, á esas obras de arte que se producían en aquel estado social, en plenos tiempos medio-evaes, en que el monje miniaturista ó imaginero, sujeto á una regla de vida y de conducta ó voluntad directora, siente, piensa y ejecuta, en condiciones análogas á las del escriba ó artista egipcio de los tiempos bíblicos, en que el Arte del Egipto antiguo ostentaba todo su ser y vida, arrancando de un origen sagrado ó sacerdotal, todo ajustado á una tradición litúrgica, y en cuyo desenvolvimiento de las ciencias y bellas artes la religión era la fuente inspiradora de los artifices que trabajaban bajo la tutela de la clase sacerdotal.

PEDRO M. DE SORALUCE.

(Se concluirá)

MANU-ZANTARRA



Manu-zantarrak baten galdurik poltsea,
 Periara joiala ontzakoz betea,
 Praketan aurkitzen zan estu eta larri,
 Eta errian eban laster iragarri;
 Topauta eroaten eutsanari zintzo,
 Ontzako bat saritzat eutsala emongo.

Eta *Martínek* zelan topau eban bera,
 Periara joiala *Manuren* antzera,
 Iñoz ez lako poza sarturik barruan,
 Barreka ziarduan egun ososuan;
 Baña poltsa kontua bertatik auzuan,
 Ebillan zabal zabal, lekuan lekuan,
 Ekiela guztiak *Manurena* zala,
 Eta sari ederra eskintzen ebala;
 Au gaitik joan jakon bereala *Martin*,
 Amaseiko gorria artze arren arin.

Baña, Manuk abegiz artu bearrean,
 Poltsea utsiturik laster mai gañean,

COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPÚZCOA



ARQUEOLOGÍA DONOSTIARRA

LA MILAGROSA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CORO, QUE SE VENERA EN
IGLESIA MAYOR DE LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN

(CONCLUSIÓN)

Ya que no nos es posible por ahora ocuparnos de la milagrosa y veneranda efigie de N.^a S.^a del Coro bajo el punto de vista iconográfico, demos hoy por terminada, hasta mejor ocasión, la primera parte de este trabajo arqueológico y pasemos á la segunda, ó sea la histórica.

Existen varias tradiciones, leyendas, etc., acerca del origen de la sagrada efigie, pero sólo nos ocuparemos de las que á nuestro humilde juicio merecen un exámen crítico.

El Canónigo de Lugo y Correspondiente de la R. A. de la Historia, Doctor D. Joaquín Antonio de Camino y Orella, en su notable *Historia civil-diplomática-eclesiástica antigua y moderna de la ciudad de San Sebastián*, publicada por vez primera en la Revista EUSKAL-ERRIA, al tratar de Santa María la Mayor, dice, (pág. 223), cómo la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, que reconstruyó la actual parroquia matriz, «veneraba por Patrona en dicha iglesia á la antiquísima Imagen de Nuestra Señora del Coro, llamada así por haber estado otro tiempo sobre el facistol del coro», y añade que á dicha sagrada efigie, «profesa toda la ciudad particular devoción, acudiendo á su amparo en las necesidades urgentes; bien que se ignore el primer principio de su generación y sólo hay una tradición popular del motivo que ocasionó su traslado al altar y capilla mayor.»

Más adelante nos ocuparemos de esta tradición popular que cita el Dr. Camino.

La segunda sostiene que la efigie de Nuestra Señora del Coro procede de los indios de Coro, en Venezuela, del tiempo del descubrimiento de América, ó sea á fines del siglo XV ó principios del XVI. Puede ser, pero nos parece muy nebulosa esta leyenda.

La tercera añade que dicha milagrosa efigie fué traída por la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, desde la ciudad de Coro, capital de la provincia de dicho nombre, población situada á cuatro kilómetros del golfo de Venezuela y que cuenta unos 15.000 habitantes, siendo su puerto muy frecuentado por el gran comercio de ganados y pieles que allí se hace, viéndose todo aquel país cubierto de grandes bosques y feraces pastos, de donde proviene su riqueza.

La ciudad de Coro fué fundada en 1537, y hasta 1636 fué la residencia superior de las autoridades españolas. La provincia de Coro, que tiene 320 kilómetros de E. á O. y 290 de N. á S., es muy fértil, siendo su riqueza principal la pecuaria y la forestal. Sólo tiene unos 50.000 habitantes.

Parece que los indios de Coro tenían en gran devoción á dicha efigie, y por esto, y para darle mayor y más solemne culto fué traída á SanSebastián.

De estas leyendas americanas que hemos oído repetir á respetabilísimas personas de esta ciudad, sólo la primera, quizás podrá tener algún fundamento, pero negamos rotundamente lo referente á la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas.

La cuarta tradición dice que la Virgen del Coro estuvo en la especie de templete ú ornacina con frontón que existe en el fondo del coro capitular de Santa María, y donde en la actualidad se halla colocado un Santo Cristo.

En tanto que no se logre averiguar el verdadero origen de Nuestra Señora del Coro, nos atenemos en un todo á lo que dice el historiador donostiarra Camino, y si bien respetamos (por falta de pruebas) la primera leyenda americana, refutaremos las otras con sólo consignar los tres datos históricos siguientes:

La Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, que tantos beneficios reportó á la Euskal-Erria y á España toda, con la colonización de parte de la hoy República de Venezuela, fué fundada en 1728 y se fusionó en 1785 en la Compañía de Filipinas.

La parroquia de Santa María fué reedificada por tercera vez de 1743 á 1764, por dicha ilustre cuanto poderosa Compañía. Y cuando en Noviembre de 1615 vino á esta ciudad el Rey Felipe III para los esponsales de su hija D.^a Ana de Austria con Luis XIII, Rey de Francia, y del príncipe de Asturias (luego Felipe IV) con Isabel de Borbón, al visitar S. M. la parroquia matriz de Santa María la Mayor, «no le pudo hacer el clero mejor obsequio que ofrecerle como reliquia un vestido precioso de la Imágen de Nuestra Señora del Coro, que le presentó en sus Reales Manos el Vicario de la misma iglesia, y habiendo preguntado el Rey si lo era de aquella santa Imágen que estaba sobre el Sagrario, y respondiéndole que sí, apreció la dádiva, añadiendo lo encomendasen á la propia Imágen.» (Dr. Camino, pág. 224.)

Nuestra Señora del Coro existía, pues, en Santa María en 1615, ó sea por lo tanto ciento trece años antes de que se fundara la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas.

Respecto á la tradición de que la sagrada efigie hubiese sido venerada en la ornacina existente en el actual coro, tampoco damos fe á ella, pues basta con decir que los coros en las antiguas basílicas y templos así constantinianos como latinos, bizantinos, románicos y ojivales, se hallaban en la nave central cerca del crucero, (más ó ménos marcado según los estilos arquitectónicos) y al pie del altar mayor; y que únicamente desde el Renacimiento es cuando en las iglesias construidas al gusto del neo-clasicismo y gótico decadente, aparecen los coros elevados y al pie de la nave principal, en el fondo del templo.

Agréguese que la ojival parroquia de Santa María, que tanto se asemejaba á la de Guetaria, se levantó después del incendio que destruyó todo San Sebastián y parte de la iglesia en 30 de Junio de 1278 (románica indudablemente dada la época), siendo derribada en 1743 por amenazar ruina, para ser reemplazada por la actual, de estilo pseudo-clásico, y fácilmente se palpa que la efigie de Nuestra Señora no podía hallarse en el nicho del coro actual, que no existía entonces, y sólo, si acaso, en el centro de la iglesia gótica, pues por el Dr. Camino sabemos que á principios del siglo XVII, cuando la venida de Felipe III ya la Virgen del Coro se hallaba colocada sobre el Sagrario.

La tradición popular á la que hacía referencia el autor de la *Historia de la ciudad de San Sebastián*, acerca de la traslación de dicha efigie desde el facistol al altar mayor, es que un lego franciscano creyendo sencillamente que la sagrada efigie no se hallaba en lugar

apropiado y decoroso, la cogió del alto del facistol, la colocó debajo de las amplias mangas de su hábito y la quiso llevar para exponerla en otra iglesia con mayor solemnidad.

Al retirarse y hacer la genuflexión ante el Santísimo, nuestro buen lego quedó materialmente clavado en tierra, y por más esfuerzos que hacía para levantarse, le fué imposible, hasta que al fin, recordando cómo se había apropiado de la milagrosa imágen, volvió á ponerla de nuevo sobre el facistol, refirió lo ocurrido, y entonces el clero y la ciudad acordaron llevarla al altar mayor, que es desde entonces donde todas las generaciones donostiarras han acudido á rogar é implorar á la Virgen en sus penas y alegrías.

Obsérvese, además, que la R. C. Guipuzcoana de Caracas, que reconstruyó la actual Santa María, no colocó á su Patrona en el coro, en sitio mezquino, oscuro y poco adecuado para el esplendor del culto, sino en el altar mayor, y por este razonamiento litúrgico creemos poder negar la exactitud de la leyenda á que nos referimos, cual es la de que Nuestra Señora estuvo colocada en el nicho del coro actual.

Hemos relatado, respetando toda su sencillez popular, la leyenda acerca del lego, y también todo lo referente al pretendido origen americano de la milagrosa efigie de N.^a S.^a del Coro, que no acatamos ni combatimos porque no tenemos documentación en pró ni en contra; pero sí se nos permitirá manifestemos nuestra gran extrañeza de que el diligente Dr. Camino, el eximio autor de la *Historia de la ciudad de San Sebastián*, que arregló y examinó el entonces riquísimo archivo municipal y compulsó igualmente los de las Comunidades Religiosas de esta capital, y de las parroquias y del Cabildo Unido, no hubiese hecho mención de nada de ello, ni hallase documento alguno acerca de la procedencia de Nuestra Señora del Coro, fuese americana ó no. Tampoco ha visto ni oído nada sobre el particular un ilustre americanista de Madrid, á quien hemos consultado, y otro tanto diremos por nuestra parte respecto á las muchas obras referentes al nuevo continente que hemos leído desde nuestra infancia.

Por esto, pues, lo más seguro es mantenerse en una prudente reserva en tanto no pueda aclararse este problema histórico, repitiendo con el notable, minucioso y concienzudo historiador local, al tratar de la imágen de Nuestra Señora del Coro, «que se ignora el primer principio de su generación.»

Ya hemos dicho cómo la milagrosa efigie de Nuestra Señora del Coro fué salvada en 1794, siendo llevada á Madrid, cuando la guerra de la República Francesa.

De la época de la francesada nada hemos oído en desdoro de la guarnición extranjera, la cual durante tanto tiempo fué mandada por el General Thouvenot, de inolvidables recuerdos para los *josefinos* donostiaras.

Nada diremos acerca de los luctuosos días de Agosto-Setiembre de 1813. En este lugar, es curioso consignar la siguiente nota que nos ha facilitado nuestro querido amigo el celoso Inspector de archivos municipales de Guipúzcoa D. Serapio Múgica:

«El 15 de Agosto de 1815 se llevó la Imagen de Nuestra Señora del Coro á su nicho de Santa María en procesión, desde la puerta de Tierra, en la misma forma que se practicó en 1795, concluída la guerra de Francia. Parece esto indicar que en época de guerra sacaban la Virgen á la puerta de Tierra para librar acaso la ciudad de la toma de los enemigos.»

Del período constitucional del 23, en cuyas épocas fueron ocupados por el ramo de Guerra los edificios sagrados de esta ciudad, no hemos logrado datos oficiales respecto al culto de Nuestra Señora del Coro, ni dónde estuvo depositada.

Cuando la primera guerra civil, al ser convertidos en almacenes y parques Santa María, San Vicente y San Telmo, y trasladada la primera parroquia á la capilla del Noviciado de Santa Teresa y la segunda al claustro del mismo convento, la Virgen del Coro y su tesoro estuvieron custodiados cuidadosamente de 1834 á 1840, en sitio seguro, por los pocos religiosos carmelitas que quedaron en San Sebastián, habiendo marchado la mayoría de la comunidad á Lesaca.

Entre las alhajas y vestiduras que en el transcurso del tiempo han sido regaladas á la Virgen del Coro, hay que hacer mención de una esmeralda en forma de barco, donada cual otras muchas ricas joyas por la linajuda señora de Balancegui, de la ilustre familia donostiarra de dicho apellido.

Esta señora, según la tradición que se conserva en el convento de Santa Teresa, nació y se casó el día de la Natividad de la Virgen; y en ocasión que pasaba la procesión, que entonces se celebraba por las calles, junto á su hermoso palacio (citado por el Dr. Camino como de los principales de nuestra querida Donostia), bajó y regaló á Nues-

tra Señora del Coro la valiosa y artística esmeralda que hemos citado.

Acerca de los soberbios mantos regalados á la Virgen por señoras de esta ciudad, hay que señalar uno azul bordado con oro y plata, donativo de la Excma. Sra. D.^a Leocadia de Echagüe, esposa del ilustre donostiarra D. José Manuel de Collado y madre de la Excma. señora Duquesa de Bailén.

Entre varios de los hechos milagrosos, cuyo recuerdo se conserva siempre constante, referiremos en toda su sencillez local el ocurrido á una señora muy principal de esta ciudad, quien hallándose en grave y perentoria necesidad, imploró con tanta fe á la Virgen, que se cuenta que la Reina del Cielo dejó caer á los piés de dicha dama una de sus alhajas para que con su producto pudiese remediar el trance de fortuna en que se hallaba.

El párroco de Santa María, que se encontraba oculto á la vista de dicha dama, y que presenció tan prodigioso acontecimiento, acercóse á ella y ésta le refirió lo que había sucedido, y entonces el sacerdote viendo que era verdad, recogió la alhaja atendiendo en cambio á la citada señora.

*
* * *

La Virgen del Coro, hasta el año de 1834, era llevada solemne-
te en procesión por la población el día 8 de Septiembre, después de la Misa mayor pasando por las calles de Santa María (Mayor), Lechuga (hoy Embeltran), Narrica y Trinidad (31 de Agosto), ó sea el recorrido de la procesión del Corpus.

También en la octava de la Inmaculada era y es llevada en procesión claustral, en Santa María, en conmemoración del infausto día 7 de Diciembre de 1688.

Véase acerca del particular mi monografía: *El Voto del 7 de Diciembre de 1688* publicado en la EUSKAL-ERRIA (tomo XXIX, segundo semestre de 1893).

Entre otras antiguas y ya olvidadas costumbres, debemos consignar que el altar de Nuestra Señora se iluminaba desde la víspera de la Asunción y continuaba así hasta que terminaba la procesión del día de San Roque (16 de Agosto), que solía recorrer las calles de la ciudad.

En las grandes calamidades públicas ha solido también llevarse procesionalmente la efigie de Nuestra Señora del Coro, siendo la última vez cuando el cólera de 1855.

Y recordamos perfectamente cómo en 1885, treinta años después, cuando el terrible azote asiático tantos estragos hacía en varios pueblos de esta provincia y frontera, especialmente en Irún y Hendaya, se trató también algo sobre este particular, pudiendo hacer esta afirmación bien poco conocida, porque á la sazón era el firmante individuo de una de las comisiones domiciliarias de salubridad que se crearon en esta capital con plausible acuerdo de su Excmo. Ayuntamiento, presidido por el Sr. D. José Machimbarrena.

Mención especial debemos hacer de la procesión de 1855, pues según hemos oído, parece que fué tal el fervor, la devoción de todo el pueblo de San Sebastián que escoltaba con hachas y velas á la Virgen del Coro por las calles de la ciudad, que no obstante la gran lluvia que empezó á caer durante dicho grandioso acto religioso, nadie abandonó su puesto y continuó la comitiva cual si nada de anormal sucediera.

*
* * *

Damos fin a esta colección de datos, leyendas y noticias acerca de la veneranda y milagrosa Virgen de Nuestra Señora del Coro, escrita con el único y exclusivo objeto de ver si algún día se logra dar con documentos que sirvan para rendir el debido homenaje á la Reina de los Cielos.

¡Quiera Nuestra Señora del Coro que llegue ese día feliz, y más aún, que en nuestra humildad podamos nosotros mismos ser el instrumento escogido para ello!

Terminamos dando las más sentidas y expresivas gracias á la venerable comunidad de Religiosas Carmelitas de Santa Teresa de esta ciudad, al respetable señor cura párroco de Santa María Doctor D. Isidoro de Bengoechea, á los sacerdotes señores D. Ignacio Múgica y don Gregorio Sautu, al digno Inspector general del cuerpo de minas ilustrísimo Sr. D. Ignacio de Goenaga y á cuantas personas nos han favorecido para el mejor éxito de este pobre trabajo iconográfico-religioso donostiarra.

PEDRO M. DE SORALUCE.

